

de pompa y de majestad, y no podían acomodarse á la idea de un Mesías nacido en la pobreza, sin aparato alguno mundano. La doctrina evangélica predicada por los discípulos de Jesucristo, se oponía completamente á las costumbres arraigadas y á los usos establecidos: no podía bajo ningún concepto halagar los corazones por cuanto prescribía la mortificación, el ayuno y la penitencia. Sin embargo, y á pesar de de todo esto y de las terribles persecuciones que se levantaban para concluir con el naciente cristianismo, éste, como el grano de mostaza, crece y se convierte en árbol corpulento.

Estos son milagros, señores, que no podría hacerlos jamás la ciencia humana. Hacer que los hombres abandonen sus creencias, que se postren ante una Cruz, que reconozcan y adoren como único y verdadero Dios al que había muerto con la nota de infamia; hacer, en suma, que acepten un código en el que se prescribe abnegación y sacrificio, y esto á hombres carnales, no acostumbrados á negar capricho alguno á sus pasiones, bien comprendéis que es obra de Dios y no del hombre.

Era necesario que los que habían de llevar á cabo esta obra admirable á todas luces de la conversión y civilización del mundo, fuesen dotados de sabiduría celestial, y este don lo concedió el Señor á los Apóstoles que en el instante de descender sobre ellos el Espíritu Santo en el Cenáculo, quedaran trocados de rústicos é ignorantes, en sábios que supieron confundir la arrogancia presuntuosa del siglo. ¡Oh como resplandece esta sabiduría celestial y divina en nuestro santo Apóstol! Lleno de fé y deseoso de cumplir con la mayor exactitud el precepto del soberano Maestro.

«Id y enseñad á todas las gentes» recorre los pueblos de la Judea, predicando á Jesucristo, á aquel mismo Jesucristo que había muerto crucificado en la cresta del Gólgota por verdadero Dios. Verdad es que el Sinedrio quiere poner un candado en sus labios y le amenaza para que no continúe en su predicación, y la Sinagoga amotinada le persigue. Pero ¿qué podrían importar á Andrés las persecuciones, las amenazas ni la muerte? El sabía que no podía esperar otra cosa que contradicciones, afrentas y suplicios, pero su mayor gloria la cifra en ser digno discípulo del soberano Maestro, y en dar su vida en defensa de su doctrina.

El corazón de Andrés inflamado por el fuego de la caridad no se hallaba satisfecho y á serle posible quisiera haberse hallado al mismo tiempo en todos los pueblos de la tierra para acrecentar el rebaño de Jesucristo. En alas de esta misma caridad vuela de una en otra parte, y después de haber evangelizado en la Judea recorre la Tracia, el Egipto y la Scytia. Llega después á Galacia, á Bitinia y en todas partes recoge abundantes frutos de su predicación. Al imperio de su voz caen por tierra desmenuzadas en pequeños fragmentos las estatuas de los dioses, huye como avergonzado el error, triunfa la verdad y el nombre de Jesucristo resuena con gloria, pronunciado y bendecido con entusiasmo por aquellos que antes se postraban ante deidades fe mentidas.

¡Oh! No queráis parangonar las grandes conquistas de los más célebres capitanes del mundo, con las de Andrés y los demás apóstoles. Aquellos se valieron de la fuerza y del terror de las armas, y

estos tan solamente de su palabra, que era la palabra del mismo Dios.

En los oídos de Andrés resonaban de continuo aquellas memorables palabras que á él y á su hermano dirigiera el Salvador al llamarlos al Apostolado: « Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. » *Venite pos me, et faciam vos fieri piscatores hominum.* Contempladle, señores, en la ciudad de Patras en Acaya, lugar donde consiguió sus mayores triunfos. ¡Oh que pesca tan abundante y milagrosa! Es imposible reducir á guarismos el número de almas que atrajo con su predicacion al conocimiento de la verdad. Grandes y pequeños, sábios é ignorantes arrebatados por su don de persuadir y por los milagros con que acompañaba y confirmaba su doctrina volvian las espaldas á sus falsas creencias, recibiendo con docilidad la fé de Jesucristo.

Era necesario, señores, que despues de tantos trabajos y de tan penosas fatigas coronase su apóstolica mision imitando en su muerte al Dios-Hombre que tan fielmente habia imitado en su vida.

El César romano habia dado las órdenes mas terminantes á fin de que en todas partes fuesen perseguidos sin tregua ni descanso los profesores de la doctrina del crucificado, obligando á sus predicadores á callar y á ofrecer adoracion á los dioses del imperio, dándoles á escojer entre hacerlo así, ó morir en crueles tormentos. El procónsul Egeas, era en Acaya el representante de la autoridad imperial, no tardó en apercibirse de la gran revolucion moral que produjo necesariamente la predicacion de Andrés y celoso por cumplimentar las órdenes de Roma, hace comparecer ante su tribunal al esforzado Apóstol

de Jesucristo. No se acobarda este en la presencia del tirano; antes por el contrario siendo preguntado acerca de su doctrina y enseñanza abre sus lábios, de los cuales brota un rico venero de celestial enseñanza. Con una sabiduría admirable esplica los grandes misterios de la Religion, demostrando que Jesucristo á quien los judíos habian crucificado era el verdadero Dios, único que debia ser adorado, y no los dioses del imperio, hechura de las manos de los hombres, y dignos del mayor desprecio.

Con tan divino razonamiento, Andrés anunció su sentencia de muerte. Egeas permaneció en su ceguedad, y lejos de dar el menor crédito al Santo Apóstol, ni de convencerse con sus esplicaciones, se llena de furor, queriendo obligarle á que ofrezca sacrificios á los dioses del imperio, amenazándole para ello con la muerte.

No temais que Andrés se intimide ni por un solo momento. Los verdaderos discípulos de Jesucristo no temen á los que solo pueden quitar la vida del cuerpo, sino á Aquel que puede mandar el alma á los eternos tormentos. El fuego del amor de Dios arde en su pecho é inflama su corazon. La sola idea del martirio le llena de gozo y de alegría, y así con el mayor valor y denuedo se afirma y ratifica en cuanto habia dicho, asegurando que jamás ofrecerá los sacrificios que se le exigen á los dioses. Los medios mas crueles se ponen en práctica; pero las cadenas, el hambre, la oscuridad de los calabozos, los azotes, todo lo sufre con resignacion y aun con alegría, bendiciendo al verdadero Dios y suplicándole le concediese fortaleza para sufrir los tormentos. Viendo Egeas que nada puede conseguir del esforzado atleta, manda que le

sea quitada la vida en una cruz. ¡Oh que honor para el fiel discípulo de Jesucristo! Morir y en el mismo suplicio que el Salvador era para él una doble gloria. Sale de su prision, divisa el madero destinado para su suplicio y no experimenta tanto regocijo en su corazon el conquistador, que ceñida sus sienes de laureles, entra triunfante en su patria rodeado de los aplausos y vítores de un pueblo entusiasmado, como siente el alma de Andrés al ver el trono donde había de consumir el sacrificio de su vida. En vano quiere prepararse á su defensa aquel pueblo que merced á sus predicaciones habia abierto los ojos á la luz de la verdad y de la fé. Andrés suplica con lágrimas en sus ojos que no traten de privarle de la corona del martirio.

No temais, señores, que la muerte de Andrés y de sus compañeros pueda interrumpir la marcha progresiva de los triunfos del Evangelio. La sangre de los mártires hará brotar nuevos defensores de la verdad, contra la que nada podrán las persecuciones de los hombres.

En el cielo hay preparada una corona para Andrés, y es llegado el momento en que su alma suba á disfrutarla. Los ejecutores de la sentencia amarran fuertemente al leño al Santo Apóstol, y de aquel modo permanece por espacio de dos días; el pueblo le rodea y él convierte el instrumento de su suplicio en cátedra de la Religion. Con la misma energía que antes, predica á Jesucristo, exhortando á los convertidos á que permanezcan fieles en la fé, y á los demas á que vuelvan las espaldas á todos los errores, á que miren con horror y con desprecio los dioses del imperio, y á que abracen la verdadera religion del Crucificado en la que

únicamente podrán ser salvos. A vista de su última predicacion, de su mansedumbre, de su humildad manifestada en aquel tormento, todos vierten lágrimas, y tratan de librarle de aquel terrible martirio. Pero Andrés digno discípulo del Dios-Hombre que antes de morir pidió á su Eterno Padre perdon para sus enemigos, les exhorta á que no se opongán en nada á lo dispuesto por la autoridad y á que respeten las disposiciones del Señor. Agotadas sus fuerzas y despues de sufrir las mayores fatigas, entregó su alma en manos del Criador, sellando con su sangre la Religion Divina que con tanta fé y constancia habia predicado. De este modo concluyó su gloriosa vida y dió fin á sus apostólicas tareas, Andrés, uno de aquellos á quienes dijo Jesucristo al llamarlos al honor del Apostolado: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.» *Venite post me, et facian vos fieri piscatores hominum.*

Creo, mis señores, que al mismo tiempo que habeis tenido ocasion de admirar el celo del Apóstol y la fortaleza del mártir, no habeis podido menos de reconocer la divinidad de nuestra religion santa, atendidas las maravillas que acompañaron á su establecimiento. Hombres pobres, sin reputacion entre las gentes, sin haber cursado academias ni tener conocimiento alguno de la ciencia del mundo, fueran suficientes para llevar á cabo la grande obra que les encomendara Jesucristo de la regeneracion social. Inclinad, pues, vuestras cabezas, enemigos de la religion, y si deseais conseguir la salvacion, no teneis otro medio que acogeros á la nave mística de la Iglesia. Y nosotros todos, que admiramos hoy las grandes virtudes y los trabajos del glorioso apóstol

San Andrés, procuremos imitarle en aquella fé que le condujo al martirio. Hoy tambien la religion perseguida necesita de apóstoles que la defiendan. Seámoslo nosotros, combatiendo unos con la palabra, otros con el buen ejemplo de su vida las doctrinas de la impiedad y del error. Si así lo hacemos, seremos tambien dignos discípulos de Jesucristo, y la recompensa de nuestra fidelidad á su celestial doctrina, será la posesion de la bienaventuranza de la gloria. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SAN BENITO, ABAD Y FUNDADOR ⁽¹⁾.

Fuit gratus Deo... et eruditus est omni sapientia.

Act. cap. VII, v. 20 y 22.

SEÑOR:

No me es nuevo el ejercicio de anunciar la palabra divina, pero al presente confieso que desearia estar adornado del profundo ingenio de un San Juan Crisóstomo, y de la dulzura que fué como un patrimonio exclusivo del Santo Abad del Clarabal, Bernardo. Ojalá me fuese dado imitar á los Bossuets y Masillon, preclaros oradores de la Francia, ó que mi corazon estuviese inflamado por el celo tan laudable como santo que hicieron notables á nuestros insignes varones fray Luis de Granada y de Leon, de cuyos lábios brotaron rico venero de elocuencia, y que al par que campeones intrépidos de la religion, fueron prez y gala del habla castellana. Y no porque redundasen

(1) Pronuncié este discurso á presencia de S. M. el Rey y del Capitulo de Caballeros de Calatrava, en la iglesia de Comendadoras de la misma órden, en Madrid el 21 de Marzo de 1863.